

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 7 DE AGOSTO DE 1932

NUMERO 32.



## El Paraíso de los leprosos

Vosotros habéis oído hablar en la Escuela Dominical de los leprosos que Jesús curó, y tal vez tenéis una idea de esta terrible enfermedad y de los estragos que hace. Pero algunas veces pensamos, después de oír y leer las historias del Evangelio: Sí, en aquel tiempo, muy lejano, había mucho de esto, pero en nuestros tiempos ya no existe. Desgraciadamente no es así. También hay le-

prosos aquí, en nuestro país, aunque relativamente pocos, y algunos están recogidos en un asilo, en Granada. Un pastor evangélico va de vez en cuando a visitarlos y a llevarles algo para leer o a contarles de nuestro Señor Jesucristo y consolarles.

Hoy os voy a llevar mucho más lejos, a un país donde esta terrible enfermedad destruye todavía la vida de milla-



res de hombres, mujeres y niños, es en la India. Sabéis por la Biblia que los leprosos tenían que vivir lejos de los demás hombres, de su propia familia y de su casa. Tenían que refugiarse en cuevas y bosques, y les tenían que llevar alimentos hasta cierta distancia del sitio donde paraban. Uno que hizo un viaje alrededor del mundo, nos da una descripción horrorosa de estos infelices, que él ha visto en la India repetidas veces: En todas partes están al lado de la carretera, y gimen y aullan como perros. Uno levanta el muñón del brazo, por cuya carne podrida se pueden ver los huesos; en los hombros y brazos tienen cicatrices inflamadas, y al lado de ellas, tumores abiertos; en muchos de ellos, la enfermedad ha destrozado los párpados, los ojos están llenos de pus, en lugar de la nariz se ven solamente agujeros en las caras desfiguradas. De estos pobres hay unos 400.000 en la India.

¿Qué hacen los indios para ayudar a estos infelices? Se puede decir: casi nada. En la India no tienen tanto miedo del contagio, pero desprecian a los leprosos y los consideran como castigados de los dioses. Por esto no les tienen compasión y pasan de largo, como el sacerdote y el levita, en la historia del buen Samaritano.

En lugar de esto, los indios hacen hospitales y asilos para vacas viejas. ¿Qué os parece? Algunas veces cien vacas achacosas se cuidan juntas en uno de estos asilos, hasta que mueren de debilidad. Consideran a estos animales como santos. Al mismo tiempo que en nuestras iglesias se hacen

colectas para fines benéficos, en muchos establecimientos, en la India tienen puestos cepillos de limosnas para las vacas santas.

Pero, gracias a Dios, además de los hombres que pasaban de largo del que había caído entre los ladrones, hay también buenos samaritanos; ante todo los misioneros, que no solamente les predicán el Evangelio, sino que también trabajan y ayudan para aliviar el triste estado de esta pobre gente.

Uno de ellos, de origen humilde, que había trabajado en el campo, en su país, desde muy joven, con el ferviente deseo de ser misionero, al fin consiguió que le mandasen a la India. Los primeros años, hasta haber aprendido el idioma, trabajó de carpintero para la misión, hasta que fué apto para enseñar y predicar. En los años que hubo un hambre grande en aquella comarca, era infatigable en ayudar y recoger a los pobres huérfanos, dándoles de comer, y reuniendo fondos de los comerciantes ingleses para socorrer al mayor número posible.

Cuando su mujer estaba preocupada, cómo ellos mismos habrían de vivir, él la consolaba, diciendo: "No pierdes nada, lo prestas a un gran Señor. El te lo devolverá con creces."

Y allí, en Perulia, también conoció lo que es la lepra. Un 5 por 100 de los habitantes tienen esta enfermedad; es decir, si un pueblo tiene 1.000 habitantes, hay 50 leprosos entre ellos. Pero Dios le llamó de una manera especial al servicio de estos infelices.

Después de una estancia de catorce años de incesante trabajo, él necesita-



ba vacaciones en un clima más fresco y se marchó con su mujer y sus cuatro hijos, aún pequeños, a Europa. La niña mayor tenía una leve erupción en la piel cuando llegaron, y ellos pensaron que se le pasaría pronto en este clima favorable para la salud de los niños. Cuando los padres tenían que volver a la India, dejaron los niños en Europa, para su educación. La niña empeoraba y los médicos declararon que tenía la lepra. ¡La niña era muy valiente! Muchas veces la tenían que sajar las úlceras y ella no tenía más que un deseo: que sus manitas quedasen aptas para que pudiera escribir y jugar y ayudar a los otros niños enfermos en la sala del hospital. Gracias a Dios, El la llevó consigo pronto en otra enfermedad y la libró de muchos sufrimientos.

¿Y los padres? Fué un golpe terrible cuando les alcanzó la noticia de la enfermedad y de la muerte de la niña; pero lo tomaron como una señal: que Dios les llamaba al servicio especial entre los leprosos. Una Sociedad misionera en Escocia le concedió unos fondos para la construcción de un refugio para los leprosos. Pronto corrió la voz entre ellos: el buen Sahib (maestro) blanco nos está haciendo chozas; podéis venir a vivir allí en paz; os reciben con cariño y no tenéis que pasar hambre ni pedir limosnas, y vuestras heridas estarán bien cuidadas y vendadas.

Pronto se reunían algunos, al principio muy recelosos, y otros preferían la vida de mendigos sin orden; querían que les diesen de comer y que les

cuidasen; pero no querían sujetarse a una vida reglamentaria en un ambiente cristiano. Pero muy pronto aprendieron a considerar al misionero como su padre, que les trataba con cariño, pero al mismo tiempo con firmeza. El primer leproso que se estableció allí definitivamente, se hizo cristiano y fué un buen discípulo de Jesús y fiel ejemplo para los demás, hasta su muerte. En medio de esta colonia se construyó una capilla; un médico indio estaba al servicio de los pobres enfermos; se abrió un colegio para los niños, y dentro de diez años el refugio contaba unas doscientas almas: ¡un pueblo pequeño!

Pero entonces surgieron también las dificultades. El Municipio de la ciudad miraba con malos ojos la proximidad del pueblo de los leprosos. Se quejaban de que el aire les traía los malos olores de los enfermos y que envenenaban el agua; en fin, que el peligro de contagio era demasiado grande para los habitantes de la ciudad. Pronto les dieron la orden de abandonar aquellos lugares, y después de haber vencido un sinnúmero de dificultades, el misionero consiguió adquirir un solar nuevo y bastante extenso, a unos veinte minutos de distancia de la ciudad.

*(Concluirá.)*

---

## ¡ Benditas sean las armas!

---

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear por Dios y los altares de la patria.

—Joven soldado, ¿a dónde vas?



—Voy a pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos, por los derechos sagrados del género humano.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear para libertar a mis hermanos de la opresión, para quebrantar sus cadenas y las cadenas del mundo.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear contra los hombres inicuos, en favor de aquellos a quienes oprimen y hollan con los pies, contra los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear para que de hoy más no se acongoje el hermano viendo a su hermana marchitarse como la hierba que la tierra rehusa alimentar; para que en adelante no contemple llorosa la hermana al hermano que parte y que no ha de volver.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear para que coma en paz cada uno el fruto de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los pequeños que piden pan, y a quienes responden: Ya no hay pan; nos han llevado el que nos quedaba.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear para echar por tierra

las barreras que separan los pueblos, y los impiden abrazarse como hijos del mismo Padre, destinados a vivir unidos en un mismo amor.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear para emancipar de la tiranía del hombre el pensamiento, la palabra, la conciencia.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear por las eternas leyes emanadas de arriba, por la justicia que protege los derechos, por la caridad que endulza los males inevitables.

—¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

—Joven soldado, ¿a dónde vas?

—Voy a pelear para que tengan todos un Dios en el cielo, y una patria en la tierra.

—¡Benditas sean tus armas, siete veces benditas, joven soldado!

M. F. LAMMENAIS.

## PROVERBIOS CHINOS

1.º Barre la nieve delante de tu propia puerta, y no te preocupes de la escarcha en el tejado del vecino.

2.º Una pulgada de tiempo es una pulgada de oro; pero con una pulgada de oro no puedes comprar una pulgada de tiempo.

3.º La suerte no viene doble y la desgracia no viene sola.